

ALFONSO ALFONSO

LO QUE ENGAÑA LA VERDAD

Paso de comedia, en prosa, estrenado en el TEATRO
ESPAÑOL el día 3 de enero de 1909.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
<i>Doña Petrita</i>	Sra. Valverde (Balbina).
<i>Luisa</i>	Srta. Lasheras (Luz).
<i>Milagros</i>	Sra. Cob.
<i>Matilde</i>	Srta. Lombera.
<i>Jaime</i>	Sr. Reig.

ACTO ÚNICO

Decoración: el saloncillo de un teatro. Es de día, por la tarde, en Abril. Epoca actual en Madrid; derecha e izquierda las del actor.

ESCENA PRIMERA

DOÑA PETRITA, por el foro. Luego LUISA.

PETRITA.—¿Aun no ha venido nadie?... Pues ya es la hora.

Se sienta.

Y el sitio es éste: a las tres en el saloncillo del teatro.

Pausa.

LUISA.—Buenas tardes, doña Petra.

PETRITA.—Buenas, Luisa.

LUISA.—¿No ha venido nadie?

PETRITA.—Nadie. A no ser que tengas la bondad de contarme a mí...

LUISA.—¡Ya lo creo! Pero como la invitación es para las señoritas...

PETRITA.—¿Y yo no lo soy?

LUISA.—Vamos, para las jóvenes.

PETRITA.—¿Y yo no lo soy?

LUISA.—Sí, doña Petrita, sí.

PETRITA.—No te des tono con la juventud, que pocos años los tiene cualquiera.

LUISA.—Y unos pocos más, solamente las que son como usted.

PETRITA.—Y bueno es que sepas, Luisita, para que te burles algo menos, que todos estos encantos, de que hoy te muestras tan ufana, los has de perder todos. Unos, en cuanto te descuides, y otros, como los años, aunque no te descuides ni un minuto.

LUISA.—¡Si yo no me burlo!...

PETRITA.—Y por si acaso, bueno es que sepas también que la belleza de las mujeres no tiene más objeto que el de agrandar honestamente a los hombres, y mientras ellos nos encuentran atractivos, como en mí, y nos lo digan, como a mí, no hay razón para desesperarse todavía.

LUISA.—¿No exagera usted nada, doña Petrita?...

PETRITA.—No, doña Luisita. ¿Quieres la prueba?... ¿Qué te dicen a ti los hombres?

LUISA.—Generalmente, desatinos.

PETRITA.—¡Que tú no oirás!

LUISA.—Para saber que lo son tengo que oírlos. Pero lleva usted razón: hago como que no los oigo; si gritan mucho, hago como que no los entiendo, y si se arriman a explicarlos, hago como que me enfado.

PETRITA.—Bastante haces... Y respóndeme: ¿qué te dicen?... Que eres guapa, que eres lista...

LUISA.—Sí, pero no me lo creo.

PETRITA.—Pues todo eso me lo han dicho hoy mismo con una sola palabra, llamándome encantadora.

LUISA.—¿Pero usted no se lo creerá, doña Petrita?..

PETRITA.—¿Y qué daño te causo a ti creyéndome?...

LUISA.—Ninguno, y si a usted le satisface...

PETRITA.—Te lo digo solamente para que no te engrías mucho y para que no caigas demasiado pronto en la torpeza general de figurarte que una misma palabra es sincera cuando nos la dicen a nosotras y es galantería nada más cuando se dirigen a otras.

LUISA.—Por galantería la admito.

PETRITA.—Escucha. (*Saca una carta y lee.*) «Jaime Niebla, primer actor y galán joven, suplica a todas las señoritas de la compañía, y especialmente a la encantadora actriz doña Petrita Jiménez, que se sirvan acudir el lunes once, a las tres, al saloncillo del teatro.»

LUISA.—(*Leyendo otra carta.*) «A todas las señoritas de la compañía, y especialmente a la encantadora actriz doña Luisa Carrasco...»

PETRITA.—A las dos.

LUISA.—A las tres.

PETRITA.—Sí, a las tres es la cita, pero a las dos nos convoca especialmente y a las dos nos llama en-

cantadoras. ¿Para qué vamos a creer que miente con una sola?...

LUISA.—Tiene usted razón, doña Petrita. Es galante con las dos.

PETRITA.—Y aun habiendo diferencia entre tú y yo... ¿cómo la voy a negar? Ya ves que somos iguales ante un hombre cortés y amable.

LUISA.—Y ante un enamorado también lo seríamos.

PETRITA.—También, que el amor nivela en seguida, y menos una, la adorada, las demás mujeres son iguales.

LUISA.—Ha hecho bien Jaime en llamarla a usted...

PETRITA.—¿Para qué será...?

LUISA.—No lo sé, ni lo sospecho.

ESCENA II

DICHAS y MILAGROS, por el foro.

MILAGROS.—¡Hola, doña Petrita! ¡Hola, Luisa!

LUISA.—¡Hola, Milagros!

MILAGROS.—¿Habréis recibido una invitación de Jaime?

LUISA.—Sí.

MILAGROS.—¿Para hoy, verdad?

PETRITA.—Sí. Nos ha rogado que viniésemos a todas las señoritas de la compañía.

MILAGROS.—Yo venía con angustia de llegar tarde, porque a mí me cita especialmente.

LUISA.—¡Ah, sí!...

MILAGROS.—Sí. La reunión es para todas, pero con especialidad a mí. Verás. (*Saca la carta y lee.*) «Jaime Niebla, primer actor...»

LUISA.—Y especialmente a la encantadora actriz doña Milagros Topete...

MILAGROS.—¿La has visto poner?

LUISA.—La he visto puesta.

MILAGROS.—¿Quién te la enseñó?

PETRITA.—Es como la mía.

LUISA.—Y la mía.

PETRITA.—Pero eso no quita para que tenga mucha razón al llamarte encantadora.

MILAGROS.—No se le puede hacer caso. Es un tarambana.

LUISA.—¿Y qué nos querrá...?

PETRITA.—Leernos alguna comedia.

LUISA.—¿Escribe?

MILAGROS.—Sí. Yo he visto cartas tuyas.

PETRITA.—Puede que sea de algún amigo...

MILAGROS.—¿Y cómo no cita más que a nosotras?

LUISA.—Porque acudimos antes.

PETRITA.—Cierto.

LUISA.—Y además ya sabes que él prefiere el trabajo de las señoras.

PETRITA.—Y me parece que no va descamado.

MILAGROS.—Sin despreciar a nuestros compañe-

ros, la compañía está mejor formada de mujeres.

LUISA.—Tan difícil como suponen que es reunir un buen conjunto, y aquí estamos tres primeras actrices.

MILAGROS.—Una, dos... sí, tres.

LUISA.—Suerte de no haber más personas, si no hay más primeras.

PETRITA.—Y eso que ninguna tenemos pretensiones...

MILAGROS.—Ya ves, los sueldos...

LUISA.—Eso es otra cosa. Las pretensiones están desde el sueldo que nos pagan al sueldo que quisiéramos cobrar.

MILAGROS.—La empresa ha encontrado una gan- ga en nosotras.

PETRITA.—Y nosotras en la empresa.

LUISA.—¡Mujer!

PETRITA.—Estando solas...

MILAGROS.—Será usted, doña Petrita, porque usted es una actriz arruinada ya.

PETRITA.—A eso no llegarás tú nunca. Para arruinarse hay que tener primero.

MILAGROS.—¡Doña Petrita!

PETRITA.—¿Qué, Milagritos, qué...?

LUISA.—¿Qué necesidad hay de llamarnos unas a otras malas actrices?... ¿No os basta con que os lo llame el público...?

MILAGROS.—Es doña Petrita, que tiene un carácter insufrible.

PETRITA.—Por tenerlo, cobro. Primera actriz de carácter...

LUISA.—Vaya, vaya, no os peleéis.

ESCENA III

DICHAS; MATILDE, por el foro.

MATILDE.—¿Llego a tiempo...? ¿Aun no ha venido Jaime...?

LUISA.—Todavía.

MATILDE.—He corrido como una loca...

MILAGROS.—Di que has corrido: lo demás ya nos lo figuramos.

LUISA.—(Apartando a MILAGROS.) ¡Qué ganas traes de armar pelea!

MATILDE.—(Aparte a PETRA.) No quiero contestarla porque no vale la pena. En esta Milagros todo es envidia.

PETRITA.—Todo, Matilde.

MATILDE.—Y si quisiera, pronto rabiaba. ¡Con decirle la verdad...!

PETRITA.—¡La verdad de qué...!

MATILDE.—¿Resérvalo, eh...? Contigo se puede una permitir esta confianza. Jaime nos ha citado a todas, pero a mí especialmente.

PETRITA.—¿Especialmente a ti?

MATILDE.—Tengo la carta. Y algo más que me dice en ella... No la enseñe, porque no me gusta dar- me importancia.

LUISA.—(Acercándose.) ¿Matilde, para qué es la reunión, sabes...?

MATILDE.—No, hija. Lo único que sé, y a ti puedo confiártelo porque eres una buena amiga, es que Jaime me invita especialmente. ¿No lo digas, eh, Luisa...?

LUISA.—No tengas cuidado.

MILAGROS.—Como tarde mucho ese fantasmón de Jaime a mí no me cuenta lo que ocurre.

MATILDE.—Si tienes prisa vete, para el papel que has de hacer...

MILAGROS.—El mismo que tú.

MATILDE.—¿El mismo?... Cállate, Milagros, cállate.

MILAGROS.—O mejor, como en todas partes.

MATILDE.—No pensaba decirlo, porque no soy de las que se complacen en humillar a las compañeras; pero ya que eres tan descarada, lo vas a oír. A esta reunión me llama Jaime especialmente a mí, a mí, ¿lo oyes...?

MILAGROS.—Tú delirias, Matildita...

MATILDE.—¿Yo...? ¡Deliro, verdad...! Pues escucha. (Leyendo la carta.) «Jaime Niebla, primer actor... a todas las señoritas... y especialmente a la encantadora actriz doña Matilde Cifuentes...

MILAGROS.—(Con su carta.) Y especialmente a la encantadora actriz doña Milagros Topete.

LUISA.—(Con su carta.) Y especialmente a la encantadora actriz doña Luisa Carrasco.

PETRITA.—(Con su carta.) Y especialmente a la encantadora actriz doña Petrita Jiménez.

LUISA.—Es una circular.

MILAGROS.—Todas iguales.

PETRITA.—Menos mal que todas le encantamos...

MATILDE.—¡Pero esto es una villanía!

LUISA.—No lo tomes por lo trágico.

MILAGROS.—¿Se habrá burlado de nosotras?

LUISA.—Tú sabrás...

MILAGROS.—Digo ahora, en esta cita.

PETRITA.—Pronto lo sabremos.

MATILDE.—En cuanto lo vea, le insulto.

MILAGROS.—Y yo le araño.

LUISA.—Y yo.

PETRITA.—Yo le daré las gracias, porque al fin y al cabo nos ensalza a todas.

MATILDE.—Es un charrán.

MILAGROS.—Y un embustero.

PETRITA.—¿Por llamaros encantadoras?...

LUISA.—Por llamárselo a éstas...

MILAGROS.—Y es capaz de no venir.

ESCENA IV

DICHAS; JAIME, por el foro,

JAIME.—Señoritas...

LUISA.—Jaime. . .

MILAGROS.—¡Jaime!

PETRITA.—Querido Jaime...

MATILDE.—Jaimito.

MILAGROS.—(*Cogiéndolo del brazo y apartándole.*)
¿Quieres explicarme qué significa esta carta circular?

JAIME.—Por si las enseñabais, que ninguna pudiera disgustarse, pero de verdad, de corazón, no va más que contigo. Debías saberlo...

MILAGROS.—¡Y esas tontas, que se lo creyeron por ellas!...

JAIME.—Tú lo has dicho; es que son tontas.

MATILDE.—(*Cogiéndolo y apartándolo.*) Escucha, escucha... ¿Te parece que a mí se me escribe incluyéndome en el montón?

JAIME.—Sabiendo la debilidad que tengo por ti, aunque tú no me correspondas, ¿has podido dudar de que se trataba de un disimulo?...

MATILDE.—¿De veras?

JAIME.—¡Palabra!

MATILDE.—Como son tan envidiosas...

JAIME.—Tú lo has dicho; tan envidiosas, y por eso procuro, en la apariencia, trataros igual.

MATILDE.—Ya me parecía a mí...

LUISA.—Jaime...

JAIME.—¿Luisa?...

LUISA.—Por el interior te devolveré tu carta. Yo no conservo circulares.

JAIME.—Siempre te quejas porque te distingo demasiado: una vez que te obedezco, te quejas también. ¡Tengo contigo mala suerte, mujer!

LUISA.—¿Fué por eso?...

JAIME.—¿Lo dudas?...

LUISA.—No. Y te agradezco lo hayas hecho así.

PETRITA.—Jaime...

JAIME.—¿Doña Petrita?...

PETRITA.—Muchas gracias por su amabilidad.

JAIME.—Con usted he sido el más sincero.

PETRITA.—¿En lo de encantadora?...

JAIME.—En eso, porque lo es usted. Encantadora de trato, de cortesía, de compañerismo...

PETRITA.—Tú eres un tío guasa...

JAIME.—Es posible, pero no hay motivo para que yo sea el único que no la estime a usted.

LUISA.—¿Aguardamos por alguien?

JAIME.—No. Ha pasado la hora y las que no han acudido se quedarán sin conocer mis trascendentales revelaciones.

MILAGROS.—Empieza, pues.

JAIME.—Sentémonos. (*Se sientan.*) Señoritas: me he permitido convocarlas a ustedes para un asunto gravísimo, delicadísimo y de hondas consecuencias futuras.

LUISA.—¿Secreto?...

JAIME.—Sí, y las suplico que no lo revelen, como no sea en secreto también. Convencido ya de que lo ha de saber toda la compañía, entro de lleno a exponer las causas de esta reunión gravísima, delicadísima y de hondas consecuencias futuras.

MILAGROS.—Procura no repetirme, Jaime

JAIME.—Me extraña mucho, apreciableísima Milagritos, que esto sea un defecto para ti.

PETRITA.—Vamos al secreto.

LUISA.—Que esto no lo es.

JAIME.—Vamos. La casualidad artística nos congrege y juntos empezaremos pasado mañana un viaje, que durará cuatro o cinco meses, llevando todos el doble más la mitad.

PETRITA.—De sueldo.

LUISA.—Y de ilusiones.

JAIME.—En lo demás, cada cual sabrá lo que lleva, y sobre todo, lo que trae.

MILAGROS. — Yo no espero pagar derechos de aduana.

JAIME.—Don Felipe no lo consentiría.

MILAGROS.—Te advierto que yo no tengo nada que ver con don Felipe.

JAIME.—Bueno, pues otro Felipe cualquiera.

MILAGROS.—Mira, Jaime, si vas a decir insolencias...

JAIME.—Las voy a decir.

MILAGROS.—Me marcho ahora mismo.

LUISA.—Ya sabes como es...

MILAGROS.—¡Y tú también!

LUISA.—No le hagas caso.

MILAGROS.—Quizás te vaya a ti mejor ese consejo.

LUISA.—¿A mí, por qué?...

PETRITA.—No os peleéis.

MATILDE.—Callarse,

PETRITA.—Y vamos al secreto.

JAIME.—Con tantas interrupciones no es fácil llevar el hilo de este ovillo oratorio.

PETRITA.—Sigue, que te escuchamos.

JAIME.—Señoritas: el largo tiempo que permaneceremos alejados de la madre patria... Ya sabéis que la madre patria es Madrid.

MATILDE.—Cuando estamos contratadas.

JAIME.—Tú siempre tienes alguna contrata.

MATILDE.—(Levantándose.) ¿Qué quieres decir?

JAIME.—Siéntate.

MATILDE.—¡Dilo!

JAIME.—Siéntate primero. Quiero expresar que tus méritos de actriz los estiman las empresas y el público... Más el público que las empresas.

MATILDE.—¿Y qué?...

JAIME.—Decirle a una artista que vive del público es un homenaje a su talento.

MATILDE.—Gracias, Jaime.

LUISA.—(A PETRA.) A ésta, diciéndola que es lista, se pone más tonta.

PETRITA.—No sé cómo alcanzará a ese más...

LUISA.—Y Jaime lo que ha querido dar a entender es...

PETRITA.—Ya lo sé.

LUISA.—Es público...

PETRITA.—¿Lo del público?... Sí.

JAIME.—Orden, señoritas. Todo ese tiempo que durará nuestra campaña, hemos de vivir juntos,

LUISA.—No.

JAIME.—Casi juntos, y por razón de las circunstancias debe reinar entre nosotros una dulce intimidad.

LUISA.—Relativa.

JAIME.—Tú empequeñeces siempre las teorías. Y no interrumpas, que llegamos a lo esencial. Por efecto de esta comunidad de vida y de intereses, de esta relación continua que forzosamente ha de establecerse en nuestro trato, es natural que intimemos pronto, realizando en horas o en días una labor de afecto que en condiciones normales precisaría meses y años.

MATILDE.—Tiene razón.

PETRITA.—¡Y qué bien lo ha dicho! Como si fuera de algún papel que le hubiesen repartido.

LUISA.—Eso no. Si fuera de algún papel, no se lo sabía.

JAIME.—De esta obligada fraternidad, de estas buenas relaciones que debe haber entre nosotros nacerán simpatías y amistades...

PETRITA.—Con tal de que no nazca nada más...

JAIME.—¡No anticipe usted, doña Petrita! Y pensando en estas futuras probabilidades he querido exponer a ustedes un caso de conciencia.

LUISA.—¡Te remuerde!

JAIME.—Aun no; pero a la vuelta, seguramente.

MILAGROS.—¡Lo que es por mí!... Si en el mundo no hubiera otra mujer, te quedabas soltero.

JAIME.—Eso aun no quiere decir que me rechazaras.

MILAGROS.—Pues te rechazo.

JAIME.—Ustedes son testigos de que esta señorita me desprecia.

LUISA.—(A PETRA.)—Ya hay uno a quien no admite.

MILAGROS.—Tú, Luisa, habla más alto, ¿eh?...

LUISA.—No he dicho nada de particular.

MILAGROS.—Por si acaso, que te oigamos.

PETRITA.—Sigue, Jaime, sigue. A ver tu caso de conciencia.

JAIME.—Allá va. Señoritas. Me considero obligado a prevenir a ustedes, para su conocimiento y efectos consiguientes, que estoy absolutamente, ciega-mente e irrevocablemente enamorado.

LUISA.—¿De cuántas?

JAIME.—De una.

LUISA.—No puede ser de menos.

JAIME.—Que mi pasión, mi cariño, mi voluntad firme y decidida, se queda en Madrid.

LUISA.—Tu voluntad se queda siempre en alguna parte.

JAIME.—Que mi amor verdadero es la señorita Mercedes Albuera.

MILAGROS.—¡Te acreditas de buen gusto!

JAIME.—Lo que no has podido conseguir tú con ningún vestido.

MILAGROS.—Si te lo digo en serio.

JAIME.—Y yo también.

LUISA.—¿Y qué nos importa esa pasión?

JAIME.—Atiende. No quiero ni querré más que a Mercedes.

LUISA.—Ya le ha caído que hacer...

JAIME.—Con eso cuenta. Y me casaré con ella.

MATILDE.—¿Cuándo?

JAIME.—A la vuelta.

PETRITA.—Si tan largo me lo fías, dadme una libra más.

JAIME.—De modo que a ninguna de ustedes les coge ya de sorpresa, ni pueden ignorar, que mi inclinación amorosa y mi palabra formal pertenecen a otra mujer. Conste que ahora digo la verdad, para que ninguna se llame a engaño y para tranquilidad de mi conciencia. Después, no diré sino mentiras y estoy dispuesto a decir cuantas hagan falta.

LUISA.—(Levantándose.)—¿Pero tú has visto?...

MILAGROS.—¡Qué insolente!

MATILDE.—(Levantándose.)—¿Y para esto nos ha reunido?...

PETRITA.—(Sin moverse.)—¡Como si lo viera!... Para quitárselo a la otra, se van a volver locas todas éstas...

JAIME.—Calma, señoritas, calma. Esta comunicación que me honro en someter al claro juicio de ustedes, tiene dos caras, como Jano, y varias partes, como el mundo. Cierto que a la vuelta he de casarme con Mercedes, pero la ausencia será larga, la se-

paración muy triste... La tristeza podría perjudicar a mi trabajo artístico, lo que sería una contrariedad para los autores...

PETRITA.—Y además podría perjudicar a tu salud.

JAIME.—Y a mi salud, como observa muy atinadamente esta noble dama de carácter. Para evitarlo, he resuelto alegrarme interinamente.

LUISA.—Pero no con nosotras.

JAIME.—Este es el caso de conciencia. No quiero engañar a nadie, y me pareció leal, caballeroso...

LUISA.—¡Sublime!

JAIME.—Advertir a ustedes para que ninguna pueda creerse ofendida, pero...

LUISA.—Lo vas a echar a perder.

JAIME.—Pero...

MILAGROS.—Ya dijiste bastante.

MATILDE.—Sobra.

JAIME.—Pero... si a pesar de esta magnánima y nunca bien ponderada advertencia, alguna de ustedes prestara oído a la interinidad que solicito, conste...

LUISA.—¡Está loco!

JAIME.—Conste...

MILAGROS.—Es ridículo.

MATILDE.—Vámonos.

PETRITA.—No se irán, no.

JAIME.—Conste, señoritas, que su bondad será agradecidísima, y no pudiendo corresponder más